



DE LAS CANTIGAS DE D.^a ALONSO EL SABIO.



DE LAS CÁNTIGAS.



DEL APOCALIPSIS.

por la vez primera los aposentos reales, que por cierto eran bien modestos; y obedeciendo á sus órdenes se trasladaron los monjes á las celdas del claustro grande; hizose entrega formal de las alhajas, ornamentos y ropas de la sacristía; colocáronse en sus respectivos anaqueles los magníficos libros del coro; y se concluyó de adornar la iglesia con lámparas, candeleros, cruces y otros objetos necesarios para el servicio del altar. Llevó además consigo á D. Fr. Buenaventura Nateo Almerico, de la orden de San Francisco, Obispo de Rosa en Irlanda, á quien cometi6 desde luego la consagración y bendición de todo lo necesario al culto. Este prelado consagró el día 5 cincuenta aras para los altares; al siguiente, con mayor solemnidad y á presencia del Rey, de los príncipes y caballeros de su corte, bendijo la iglesia principal; y el día 9 hizo igual ceremonia con los altares en particular, para cuyo acto lucieron por primera vez las lámparas.

Grande y extraordinaria era la actividad y movimiento que se notaban por todas partes, viendo pintadas en todos los semblantes, á imitación del monarca, la alegría y la satisfacción. Llegó por fin el tan deseado momento. Dispuesto todo por el Rey, como ya hemos visto, dichas ya las Horas y Misas en la iglesia vieja, fue trasladado procesionalmente y con toda solemnidad á la iglesia principal el Santísimo Sacramento. Componíase este lucido y numeroso cortejo de las tres Comunidades, el Rey, su real familia, los gentiles hombres, y los dependientes y criados de S. M. y de la fábrica; salió por la puerta chica del claustro del Refectorio, se dirigió á la portería, y por debajo de la bóveda del vestíbulo hizo su entrada en el templo por la puerta principal, donde les esperaba la guardia del Rey, de uniforme amarillo. Revestido el Prior con ricos ornamentos sacerdotales sostenía en sus manos una preciosa custodia de oro que encerraba la sagrada hostia. El Rey, el príncipe y algunos altos dignatarios de palacio llevaban las varas del palio. La armonía de aquel hermoso templo derramaba plácida tranquilidad en el alma. Aquellos arcos tan concluidos, aquellos machones tan esbeltos, aquellas bóvedas tan bien perfiladas, todo contribuía á avivar las facultades de los creyentes, y por primera vez los cánticos sublimes dirigidos al Omnipotente retumbaron bajo aquellos colosales artesones, formando una entonación difícil de describir. El pensamiento veía á Dios, y sentíase una indecible melancolía, mas dulce y mas grata que todos los placeres mundanales, porque era la melancolía que producen las aspiraciones de lo infinito.

Tocábanse á la vez todos los órganos, así como los instrumentos que componían la capilla de música, y á mas otro órgano portátil de plata que perteneció al emperador Carlos V. Esta inmensa armonía unida á la música y los fabordones que cantaban los religiosos con voces ordenadas y acordes, infundían gran devoción y cristiano entusiasmo en los oyentes. El acordado sonido de estas notas llegaba á los oídos de los fieles como el acento entrecortado de un alma conmovida y doliente, como el blando rumor que produce el viento en las hojas de un árbol; y si en aquellos instantes de emoción tan tierna y profunda abstracción hubiese entrado un ateo en el templo, hubiéransele doblado las rodillas, como dice un elocuente escritor, y corrido en abundancia sus lágrimas en medio de su porfiada y fría incredulidad. El torrente de luz que la pureza del astro vivificador derramaba sobre aquel magestuoso local, imprimiéndole su sublime ósculo, aumentaba la blancura de la piedra. La tersura y brillantez del nuevo pavimento, que reflejaba perpendicularmente cual si fuera sobre hielo las personas y objetos; el lujo y ornato de los altares, en que brillaban millares de luces; la dignidad, grandeza y apostura de los que formaban el acompañamiento, y sobre todo la solemnidad de la ceremonia, daban al local cierto carácter de devoción, que inclinando los corazones á una espontánea meditación, cayeron todos de hinojos como movidos por un resorte, y con los ojos húmedos de religiosa alegría se sintieron anonadados en presencia de su Dios, para quien era pequeña tan grandiosa mansión.

El día, á pesar de la estación calurosa, se presentaba también de fiesta y gala, y como convidando á los vecinos para asistir á la solemnidad con su cielo alegre y despejado, en que brillaba un sol vivísimo y refulgente, refrescado por las brisas del Guadarrama, é inundando de luz, vida y colores las inmediaciones del monasterio. Estas se hallaban ya cubiertas de un inmenso gentío, que de todos los pueblecitos cercanos se agolpaba hácia el centro de confluencia; y observado este movimiento desde la meseta del cimborrio, se asemejaba á ciertos cuadros disolventes, cuyo efecto óptico nos representa un sinnúmero de figuras geométricas que partiendo todas de la circunferencia, van á morir al punto céntrico del cuadro. Pero aquellas gentes que habían acudido de Madrid, Toledo, Segovia, Avila y demás puntos cercanos con intención de presenciar tan magestuoso



NATEO ALMÉRICO.

acto, vieron defraudadas sus esperanzas, y solo pudieron gozar á medias de este sublime espectáculo, porque los arqueros nobles del Rey, cumpliendo con la orden que tenian, solo dejaban pasar de las rejas de bronce á los individuos de la procesion, mandando desde entonces para lo sucesivo Felipe II que nadie, á escepcion de los caballeros de su casa y algunas personas de distincion, pasase de aquel término. De esta suerte la guardia del Rey se esforzaba en contener con sus partesanas las contrapuestas oleadas del pueblo que se revolvia y agrupaba estorbando el paso á los preferidos; y el Patio de los Reyes, el vestibulo del templo y los demás puntos no vedados por la clausura se cuajaron de un pueblo que hubo de contentarse con esparcir su vista en aquellos sitios, en vez de presenciar la religiosa ceremonia objeto de su viaje y curiosidad.

Por lo que dejamos dicho acerca de la funcion celebrada en la víspera del glorioso mártir español, fácil será colegir lo que seria el dia siguiente. Toda la riqueza y todo el poder del monarca de dos mundos, con la suntuosidad que sabia desplegar en sus actos públicos y religiosos, el brillo de la corte, la hermosura, galas y preseas de las damas y caballeros que asistian á la fiesta, y poblaban, aguardando la hora, los suntuosos claustros, el templo, el vestibulo y el Patio de los Reyes, constituian el mas bello conjunto. Los órganos resonaban, no con la brillante y profana ejecucion que distrae en vez de inducir al pensamiento, no con notas vulgares y compases mundanales, sino con sonidos lentos y solemnes, que entristecen al corazon y le oprimen, que dan á las ideas y á los afectos una sublimidad desconocida, y que se parecen al plañido uniforme de las olas ó á los quejidos lejanos que exhalan las nubes cargadas de electricidad. La música tiene cierta virtud mágica que nos abre las puertas del sentimiento, y nos hace olvidar todo lo vulgar y prosáico que el mundo nos trasmite en sus ecos. Sí, la música y la poesía son dos cuerdas de una misma lira; y cuando adquieren el sublime caracter religioso, entonces hablan de hecho un lenguaje incomprensible para los incrédulos, pero siempre sublime y lleno de encantos.

Aquella admirable esposicion de bellas artes en su magnífico palacio, no de frágil cristal sino de sólido granito, la devocion, porte y gravedad de los monjes, todo parecia haberse convocado aquel dia y en aquel punto, con el objeto de mejor realzar la grandiosidad del culto divino. Celebró tambien el Prior, predicó el erudito Sigüenza, los músicos de la capilla real tocaron y cantaron admirablemente, y el Rey, acompañado de sus hijos, presenció todas estas ceremonias con la complacencia y recojimiento que acostumbraba. En las segundas Vísperas de esta solemnidad se sentó Felipe II por la vez primera en la silla del coro del rincon de la derecha, sin querer jamás ocupar la prioral, por mas súplicas que le hiciera Fr. Miguel de Alaejos.

